

**LUIS GARCÍA MONTERO Y ÁNGEL
GONZÁLEZ: REPUBLICANISMO
Y POSMODERNIDAD**
**La novela *Mañana no será lo que Dios quiera*
(2009)**

Pablo Carriedo Castro
Centro de Idiomas de la Universidad de León

Resumen: La novela biográfica *Mañana no será lo que Dios quiera* (Alfaguara; Madrid, 2009) de Luis García Montero constituye, no sólo una aportación decisiva al conocimiento de la vida y de la obra del poeta Ángel González, sino también una sensacional interpretación de la historia española de la primera mitad del siglo XX. Sobre una estructura narrativa extraordinariamente dinámica, el texto presenta al lector una emocionante exploración de la crisis de la modernidad en España: el proceso de consolidación de la “razón democrática”, la implantación de los valores clásicos republicanos y su posterior destrucción por una dictadura totalitaria, así recordado y sentido por dos de los escritores más originales de nuestras letras contemporáneas; el fascinante proceso de formación, fractura y posterior re-construcción de la personalidad al contacto con el dramático descubrimiento de la vida.

Abstract: The biographical novel *Mañana no será lo que Dios quiera* (Alfaguara; Madrid, 2009) by Luis García Montero constitutes not only a decisive contribution to the knowledge of the life and works of the poet Ángel González, but also a great interpretation of the first half Spanish 20th century. With an extraordinarily dynamic narrative structure, the text presents to the reader a very moving exploration of the crisis of Modernity in Spain: the process of consolidation of the “democratic reasoning”, the establishment of the classical republican values and their following destruction by a totalitarian dictatorship, thus remembered and felt for two of our most originals modern literary writers; the fascinating process of training, rupture and subsequent re-construction of the personality in contact with the dramatic discovering of “real” life.

1 Memoria y Literatura

Mercedora del Premio del Gremio de Libreros al “Mejor Libro del Año 2009”, la novela *Mañana no será lo que Dios quiera* de Luis García Montero (Granada, 1958) presenta al lector los recuerdos de infancia, adolescencia y juventud de otro de los autores decisivos de las Letras contemporáneas en lengua española: los del también poeta Ángel González (Oviedo, 1925). Aunque toda la obra de Ángel González tiene una relación muy directa con la historia contemporánea española y con su experiencia ideológica y sentimental de ella (testimonio formidable de lo que fue la segunda mitad del siglo XX en el país) el poeta hizo pública su biografía solo muy ocasional y parcialmente, permaneciendo en su mayor parte salvaguardada en la privacidad, compartida únicamente entre el círculo de sus relaciones más próximas. Sabemos al respecto que, en los alrededores del año 1993, coincidiendo con su retiro como profesor de Literatura Española en la Universidad de Nuevo México en Albuquerque (ciudad donde residía desde los años 70) el poeta pensó en algún momento en la posibilidad de escribir unas memorias. Anunciadas solo de manera informal (“ese libro espero escribirlo [anunciaba el poeta en 1998], y tengo ya ganas de hacerlo”) e insistentemente reclamadas por sus amigos y cercanos —conocemos, entre otros, el empeño de Manuel Lombardero, Juan Cruz o Antonio Masip—, el propio Luis García Montero perseveraba en advertir al poeta sobre la oportunidad histórica del libro: “Yo le decía: «Ángel, escribe esta historia, porque representa a cualquier niño, cualquier ser humano que de repente se encuentra envuelto en una situación de violencia, en la pérdida del paraíso y la inocencia en medio de la brutalidad de la guerra»” (García Montero, 2009b). Sería ya en el año 2004 cuando él mismo se ofrece a escribir su historia; Ángel González accede entonces con dos únicas condiciones: detenerse en el año 1951, coincidiendo con su traslado desde Oviedo a la ciudad de Madrid (nueva etapa que señala el inicio de su trayectoria como poeta); y no adentrarse en los lances ni episodios amorosos. A lo largo de cuatro años, los poetas trabajaron en el planteamiento y la elaboración del texto, hasta que en el invierno del año 2008, con dos terceras partes del relato concluidas, sobrevino el fallecimiento de Ángel González: “Yo le pasaba los capítulos que iba escribiendo [explica García Montero]. Ese fue el método de trabajo. Él recordaba anécdotas y al releerlas, la memoria se le disparaba y agregaba datos. Cuando murió perdí esa compañía en el trabajo, pero,

en la historia, los muertos tenían mucha importancia. Él hablaba de los ‘muertos de muerte imposible’. [...] Y decidí que, en la novela, Ángel fuera para mí otro de esos muertos de muerte imposible con quien seguí hablando sobre los problemas que me planteaba el libro” (García Montero, 2009b).

A través de los recuerdos de Ángel González, *Mañana no será lo que Dios quiera* recorre el periodo comprendido entre el fin del siglo XIX y el medio siglo XX, uno de los más convulsos y polémicos de la historia reciente, núcleo ideológico —verdadero nudo gordiano— para la interpretación de la España contemporánea. En primer término, y en línea con la más avanzada narrativa de la llamada Memoria Histórica, cabe decir que *Mañana no será lo que Dios quiera* evita deliberadamente tanto la mirada “completa” y definitiva sobre la historia (la instantánea estática, reflejo mecánico, orgánico y positivo de la realidad), como también la impenetrable desrealización psicológica del “experimentalismo”, los dos paradigmas que han dominado tradicionalmente la narrativa española en torno al problema de la Guerra Civil, asentando con ellas las mitologías y versiones “oficiales” (o estandarizadas) sobre el inmediato pasado español: el fatalismo, “los buenos” y “los malos”, el legendario espíritu cainita o la muy salomónica teoría de la equidistancia, base ideológica del llamado “proceso de transición” hacia la democracia y de nuestra actual Constitución Española de 1978. A cambio, Luis García Montero propone al lector reconstruir “subjetivamente” los hechos —la historia misma, que nadie sabe exactamente cómo fue—, analizarlos e interpretarlos desde la propia experiencia, sin otro límite, sin otra realidad pre-existente más que la que le dicta la propia conciencia.¹ Todo su discurso, de hecho, está elaborado alrededor de un riguroso proceso de “auto descubrimiento” y de racionalización; un examen crítico de la realidad histórica y de la propia intimidad convertido en texto, en una estructura sentimental organizada e ideológicamente significativa de palabras: “Nada hay más útil que la literatura [aseguraba en el año 1993], porque ella nos enseña a interpretar la ideología y nos convierte en seres libres al demostrarnos que todo puede ser creado y destruido, que las palabras se ponen unas

¹ “No existe ninguna sensación del presente que no traiga alguna carga del pasado y, por tanto, la única transmisión legítima de aquél es la laboriosa confección de una especie de poliedro complejo en el que cohabitan el recuerdo, la presencia y, a menudo, el deseo, la espera” (Mainer, 2000: 179).

detrás de otras como los días de un calendario, que vivimos, en fin, en un simulacro decisivo, en una realidad edificada, como los humildes poemas o como los grandes relatos, y que podemos transformarla a nuestro gusto, abriendo o cerrando una página, escogiendo el final que más nos convenga, sin humillarnos a verdades aceptadas con anterioridad. Porque nada existe con anterioridad, sólo el vacío” (García Montero, 1993b: 40).

Frente a la re-composición de “la identidad” de Ángel González, *el ser abstracto* —centro teórico de los relatos del siglo XX— entendido como símbolo (como un “esquema de la historia” susceptible de ser transportado e interpretado mecánicamente en nuevos contextos), *Mañana no será lo que Dios quiera* asegura uno de sus cimientos alrededor del concepto posmoderno de cotidianidad: la reconstrucción de la intimidad privada, los sentimientos cordiales, los grandes y pequeños dramas domésticos e históricos de una familia de la clase media de entre siglos. En su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el profesor Edward Thompson caracteriza “lo cotidiano” como un síntoma de la historia: una referencia subjetiva a la “práctica social”, núcleo empírico de las relaciones entre el individuo y la realidad, dimensión donde se concretan y se “materializan” los sistemas ideológicos y afectivos de los distintos grupos o clases sociales (modos de vida, mentalidades, escalas axiológicas de valores) en su íntima conexión con los medios y fuerzas de producción propios de ese —y no de otro— periodo concreto de la historia.² Formado teóricamente en el postestructuralismo marxista —naturalizado en España por el profesor Juan Carlos Rodríguez de la Universidad de Granada—, esa misma idea fundamenta de hecho toda la ideología poética de Luis García Montero en el marco del movimiento La Otra Sentimentalidad: “la conciencia histórica de la poesía supone una desconfianza en el fantasma de la esencia humana, del ser humano como esencia y protagonista inmutable de la historia. [...] Por esto sólo me parece realmente interesante un discurso político cuando coincide con la reflexión ideológica que

2 “Parece haber coincidencia en que la historia de las mentalidades, actitudes mentales, estructuras mentales, visiones del mundo, etc., se sitúa en el plano de la historia de *tiempo largo*; naturalmente, ello no hace sino acentuar el interés por captar las mutaciones de mentalidad (que en algunas coyunturas adquieren un ritmo muy vivo), pero en el entendimiento de que su marcha es la más lenta entre los diversos objetos del conocimiento histórico” (Tuñón de Lara, 2009: 171)

afecta al yo, cuando hay una toma de postura y una decisión sobre la subjetividad. La conciencia histórica sobre el yo, sobre su curso y sus discursos, ha permitido que a lo largo de la literatura contemporánea coincidan en algunas decisiones líricas la política y la ideología, el tema y la reflexión” (García Montero, citado en Díaz de Castro, 1996: 25).

Entre los aspectos técnicos más decididamente atractivos de *Mañana no será lo que Dios quiera* destaca la estrategia literaria del contrapunto, técnica vanguardista y originariamente musical -ensayada por el escritor Aldous Huxley en su novela *Point counter point* de 1928—, consistente en la composición y desarrollo de dos intrigas paralelas planteadas simultáneamente en el relato. Su importancia decisiva reside en facilitar una interacción polifónica, un “diálogo” entre los diferentes ciclos (remotos y contemporáneos) existentes en el relato: [1] el *tiempo histórico* de lo evocado propiamente y [2] el *tiempo actual* de la evocación, generando de ese modo —en la propia “lógica interna” del discurso— [3] “otro” *tiempo narrativo*, el propio ya de la memoria: un *crono-topo* (“conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura”, según lo define Mijail Bajtin), formalmente cohesionado por un tono homogéneo de confianza sentimental, entre la lucidez melancólica y la ironía. Y es que, en rigor, Luis García Montero asume como propia la experiencia de Ángel González, la asimila “subjetivamente” convertido en un narrador testigo (“punto de vista” desplazado y combinado en el espectro temporal del verbo), desenvuelto con libertad insólita entre el pasado y el presente; a la vez, dentro y fuera de la acción narrativa.³ Un “testigo”, y es importante subrayarlo, no de la historia en sí misma, sino del recuerdo que Ángel González conserva de ella: la imagen o impresión que la memoria de aquellos días *produce* en la conciencia del poeta ya adulto al evocarlos. Distanciado así de la historia “objetiva” y del documentalismo (el cúmulo de datos que se saben más allá de la propia experiencia de ellos), pero íntimamente identificado con su aventura sentimental e ideológica, el contrapunto

3 “Yo soy —si así me lo exige la representación—, el ideal renacentista del alma bella, la sombra de las barrocas apariencias, el dedo de las reglas ilustradas, el desesperado de la lucidez romántica. Soy el maldito que apuesta su corazón en un escándalo, el modernista que busca máscaras para esconder su vacío, y el hombre de la palabra desnuda, de la poesía pura como un alambique, de la poesía como un arma cargada de futuro. *Todo lo admitido por el recuerdo forma parte del presente*” (García Montero, 1993a: 211).

actúa decisivamente sobre el lector acomodado en los territorios narrativos tradicionales —clara y definitivamente delimitados— de la realidad y la ficción, requerido e incluso directamente interrogado por el narrador (procedimiento cinematográfico conocido en el medio como cámara subjetiva), involucrado en el mismo contexto afectivo del relato, complicado en la ilusión de —auténticamente— estar sorprendiendo ahí el tiempo y la intimidad: “No sé si ustedes conocen al poeta Ángel González [confiesa]. Es posible que hayan leído sus poemas. Pero muy poca gente conoce la historia de su vida. Después de sufrir su guerra, de recorrer los prados y las calles de sus quimeras infantiles, de respirar el aire espeso de una adolescencia contaminada por los himnos, las delaciones y el bacilo de Koch, comprenderán mejor el tono bajo con el que habla de las cosas altas, el humor que utiliza para acercarse a los asuntos demasiado serios [...]. Ha aprendido a mantener fría la cabeza. Por lo que pueda ocurrir” (García Montero, 2009: 18).

Consciente de los riesgos y consecuencias de la despersonalización así proyectada hacia el lector —experiencias disociativas, fragmentación de la afectividad, fisuras identitarias o ideológicas—, ante el problema de poner en marcha el proceso del recuerdo “en” el propio relato, reproducir la corriente emocional de la memoria de Ángel González (el clásico dilema bergsonianos de la reducción del sentimiento a una gramática, a un sistema “autónomo” y cerrado de signos, reglas y combinaciones), Luis García Montero recurre al uso de convenciones literarias: estructuras y arquetipos culturales, “fórmulas” acordadas socialmente y proporcionadas por la tradición, donde se encierra toda la gama de posibles respuestas a la problemática histórica, y a través de las cuales la comunidad percibe, comprende y asimila hoy sentimentalmente la realidad alrededor. “Las heridas [dice] se plasman en la escritura a través de formas culturales, y esas formas son compartidas a menudo por las distintas posibilidades de la conciencia desgarrada. [...] Conviene atender a las formas culturales y no caer en una lectura de interpretación biográfica simplista. El yo interioriza la sociedad, se constituye en una parte social; la lucha contra la sociedad se convierte en un combate con él mismo, una guerra civil” (García Montero, 2008: 96). De este modo, la experiencia particular y muy concreta de Ángel González queda instalada en el más amplio radio de la significación humana no como un símbolo, sino como un síntoma del estado del contrato social en nuestro propio tiempo: exploración de una respuesta íntima a los problemas

que —entonces y ahora todavía— plantea la realidad histórica; una penetrante reflexión sobre el proceso de crecimiento y de maduración del individuo en el intento por alcanzar su coherencia y su racionalidad; la formación (fractura y posterior reconstrucción) de la personalidad al contacto con el dramático descubrimiento de la vida.

2 La Edad de Oro

El escritor Cesare Pavese explica que una de las peculiaridades psicológicas de la infancia frente al tiempo adulto reside en que el niño “eleva” las sucesivas revelaciones de la realidad a categoría, a norma absoluta de la vida, (re)descubierta en la madurez como un “mito”, asociación genuina de la vida y la imaginación: “ningún niño tiene conciencia del «paraíso infantil» en el que, a su tiempo, el hombre adulto reconocerá haber vivido. La razón es que en los años míticos el niño tiene otras cosas para hacer que le interesan más que dar un nombre a su estado. Le toca vivirlo y conocer el mundo. [...] Las cosas se descubren, se bautizan, sólo a través de los recuerdos que se tienen. Rigurosamente, no existe un «ver las cosas por primera vez»; la que cuenta es siempre la segunda” (Pavese, 1970: 60). Así, el tiempo y el espacio “míticos” de la infancia de Ángel González configuran una geografía sentimental cuyas formas coinciden con las de la ciudad de Oviedo durante el primer tercio del siglo XX; una imagen asegurada en su recuerdo, y así mismo planteada en la novela, como una *Edad de Oro*: “el escenario de un sueño recurrente” (González, 2002: 27). Al contrario que otras mitologías primitivas, ya místicas —*El Jardín del Edén* bíblico— o idealistas —*La Arcadia* clásica y natural; o *Utopía*—, la Edad de Oro facilita una interpretación laica y materialista (o concreta) de la memoria individual, mito específicamente asociado a la “infancia de la humanidad” después perdida, una vez se precipita la caída: expresión convencional de su “entrada” o toma de conciencia de la historia. Según es transmitida por el poeta Ovidio en las “Edades del hombre” de sus *Metamorfosis*, durante la Edad de Oro los hombres gozaban de una existencia justa y feliz. La vida era entonces absolutamente pura: sin conciencia del tiempo ni de la necesidad —que “por sí lo daba todo la tierra”, dice el clásico—, sin ninguna amenaza perturbadora (no existía allí la prohibición, ni el miedo, ni el castigo), todo permanecía siempre en orden; un ámbito luminoso, cálido y amable, paralizado también

en el recuerdo del poeta como una eterna primavera: “La memoria no mantiene la cabeza fría, prefiere jugar con los recuerdos, elegir, tejer un mundo claro, volverle los forros al pasado. Los periódicos confirman que entre 1925 y 1934 abundaron en Asturias los días lluviosos, las heladas y los veranos breves. Sin embargo, en los primeros capítulos de esta historia [explica García Montero] van a dominar los cielos azules, las mañanas de sol, los atardeceres suaves, los pantalones cortos y un barrio casi asaltado por el olor a campo. De día se escucha el andar tranquilo de las vacas. Por la noche el canto de los grillos” (García Montero, 2009: 18).

La Edad de Oro “histórica” (la cotidianidad “mítica” del niño ahí *re-presentada*) se corresponde plenamente en la novela con el periodo de consolidación de la modernidad y el ideal de la “razón democrática” en España. El atraso económico y un desarrollo industrial tardío y desequilibrado retrasaron durante siglos el proyecto moderno en el país, favoreciendo la permanencia, y aún el avance, de mentalidades tradicionales o antiguas —todavía hoy— sólidamente arraigadas en el misticismo. Fue en los umbrales del siglo XX cuando el capitalismo industrial moderno en vías de asentamiento estimuló una flexibilización de las rígidas fronteras de clase de la sociedad feudal de la Restauración, permitiendo ciertos (pocos) márgenes de movilidad social en un síntoma de salud y de vitalidad del sistema, capaz de aprovechar las calidades individuales de sus miembros más allá del viejo privilegio estamental. Los personajes de don Manuel Muñiz (abuelo materno de Ángel González) y —muy especialmente— el de su padre, don Pedro González Cano, constituyen ahí el síntoma de un contexto histórico en el que una persona, desde un origen social extraordinariamente humilde (pertenecientes los dos a familias de labradores muy pobres, nacidos en un “mundo de belleza primitiva [tal y como lo imagina]: rocas altas y casas sin luz eléctrica, sin agua corriente, rodeadas de pequeños prados”; García Montero, 2009: 23), con esfuerzo y con trabajo, consigue alcanzar las clases medias y profesionales; en su caso, dedicados ambos al mundo de la enseñanza. Los dos ascendientes del poeta responden con exactitud al perfil del ciudadano que alumbrara el sueño democrático español: el hombre honesto y responsable, consciente de sus derechos y de sus obligaciones, que vive de su trabajo —que no explota a los otros y tiene conciencia de que no ha de ser él mismo objeto de explotación—, recto y “europeo” (es decir, ajeno a los

tradicionales vicios españoles), cultivado en el arte y en las ciencias, con sensibilidad y conciencia social siempre examinada a la luz del bien común. Aunque el poeta apenas llegó a conocer a su padre (fallecido en una operación de rodilla cuando el niño contaba año y medio de edad), el sistema de valores y principios morales de aquel hombre cimienta de hecho la base ideológica liberal —volteriana y jacobina— del modesto y digno hogar de Ángel González, quien “se recuerda a él entre su madre y sus hermanos, orgulloso de sentirse heredero de Pedro González Cano [...] un pedagogo serio, más honrado que nadie, decidido a dar ejemplo y a desempeñar con dignidad pacífica su labor [...] un republicano casi obsesivo, dispuesto a exponer en público sus ideas y a trabajar por su ciudad. Ángel se lo imagina, lo ve en sus clases, lo sigue por las calles mientras vuelve a casa. Ahí está [dice]. Se detiene a saludar ceremoniosamente a don Adolfo Villapadierna [...] y luego continúa camino. Ahí va, cojeando de su pierna izquierda” (García Montero, 2009: 59).

Entre las contradicciones propias del proceso de acumulación capitalista (crecimiento de las ciudades, aumento de la tensión entre las clases, aparición de una nueva “cultura urbana”), también se consolidaba entonces socialmente la idea de una democracia parlamentaria, expresión institucional de la modernidad, con una república como marco. Concebida como un proyecto iluminista e ilustrado, la Segunda República española fue posible gracias a “liberales de la clase media: hombres de edad madura [...] honrados e inteligentes, [que] odiaban la violencia [y] admiraban los humanos y democráticos sistemas de Inglaterra, Francia y América del Norte” (al decir del profesor Hugh Thomas), alumbrando con ella un nuevo horizonte histórico para España, anhelo de “país normal” largamente acariciado: la construcción de un *Estado* moderno que a través de su política pública pudiera garantizar la paz social, la pluralidad de las ideas y las oportunidades de progreso, una aspiración en la que “convergen progresivamente una parte de la derecha política liberal, los partidos o movimientos que tienen su base en las clases medias y populares urbanas (el «radicalismo» o republicanismo de centro-izquierda en sus diversas facetas), sectores intelectuales que se habían mostrado hasta entonces remisos a la acción política (los «intelectuales al servicio de la república») y dos fenómenos políticos nuevos: los representantes del autonomismo territorial y los del movimiento obrero y socialista” (Borja, 2006: 26).

Ya durante la proclamación del nuevo régimen el 14 de abril de 1931, las celebraciones, la alegría, la ilusión, el entusiasmo y la esperanza de todo un país van a coincidir muy puntualmente también con los de un niño asturiano de seis años que, ya adulto, “se recuerda [explica García Montero] en el balcón del tercero izquierda de la calle Fuertes Acevedo [de Oviedo], con sus hermanos [Manolo, Pedro y Maruja] y [doña María] su madre detrás, como una corte risueña convocada por la sorpresa, y gritando muy alto, muy alegre, viva la República, viva la República, viva la República...” (García Montero, 2009: 73).

En rigor, el sueño republicano moderno y modernizador se concreta en la novela en la forma de una educación sentimental: el proyecto democrático “materializado” narrativamente en su dimensión cotidiana o micro-histórica. La Libertad, atesorada en la instrucción del individuo, en el aprecio al trabajo y en la cultura (el llamado “contrato pedagógico”, clave del *Estado* moderno);⁴ la *Igualdad* de derechos y deberes —es decir, la Igualdad ante la Ley—, la educación en el respeto, la sensibilidad y el sentido de la justicia; y la *Fraternidad*, la solidaridad entre las clases y el reconocimiento humanista de “los otros”,⁵ todo ello viene a corresponderse en *Mañana no será lo que Dios quiera* con el retrato sentimental de “un niño guapo, con las orejas algo grandes, de pelo claro, siempre cuidado y bien peinado [...] con una sonrisa descarada, segura de sus motivos para la felicidad [...] abrigado por la vida y cuidado por su familia” (García Montero, 2009: 122). Luis García Montero presenta ahí la imagen de un muchacho alegre, física y moralmente sano, lector precoz y curioso, educado en

4 Marcelino Domingo, Ministro de Instrucción Pública en el gobierno republicano constituyente, explicaba durante la aprobación del decreto para la creación de 27.000 nuevas escuelas: “La República aspira a transformar fundamentalmente la realidad española hasta lograr que España sea una auténtica democracia. Y España no será una auténtica democracia mientras la inmensa mayoría de sus hijos, por falta de escuelas, se vean condenados a perpetua ignorancia” (citado en Huertas Vázquez, 1988: 46).

5 Durante una charla en 1933, en la sociedad republicana “El sitio” de Bilbao, Manuel Azaña exponía: “La tradición humanitaria y liberal española existe, aunque os la hayan querido ocultar desde niños maliciosamente. España no ha sido siempre un país inquisitorial, ni un país intolerante, ni un país fanatizado, ni un país atraillado a una locura [...] Paralelo a todo eso ha habido siempre en España un arroyuelo murmurante de gentes descontentas, del cual arroyuelo venimos nosotros y nos hemos convertido en ancho río” (Azaña, 2005: 37).

el amor y en la razón, en el esfuerzo y en el premio al mérito, que se maneja con confianza y determinación también más allá de los lazos familiares inmediatos: en la animada escalera de vecinos, en la escuela (primer indicio de lo que es la vida, según creía Jaime Gil de Biedma) con don Segundo —el maestro— y sus compañeros de clase; o en sus primeras aventuras con los amigos en el barrio. Lo que Raymond Williams en su estudio decisivo *Marxismo y Literatura* denomina las “estructuras del sentimiento”, la práctica social de la sentimentalidad privada, elementos específicamente afectivos de la conciencia en los que se cultiva y crece la personalidad —aprendidos tanto consciente como inconscientemente—, forman ahí un republicanismo basado en el ideal de “no-dominación” (no, de momento, en el de “auto-dominio”, según el matiz que propone el politólogo Philip Pettit),⁶ proyección espontánea y natural de unos lentos hábitos cotidianamente adquiridos, una “normalidad” de sentimientos y de costumbres, de lugares (raíz escénica de la memoria) y de personajes —tal y como Ángel González los recuerda—, toda su experiencia sentimental, en fin, en aquella *Edad de Oro* y “luz”, de paz y tolerancia en la que era realmente posible afirmar y afirmarse en la vida, confiar en el futuro; la más actual lectura ideológica de *Mañana no será lo que Dios quiera*: “La melancolía republicana de hoy [explica García Montero] no se limita a una melancolía histórica por la España de 1931, sino que supone una preocupación real por las nuevas geografías del poder y por los procedimientos democráticos [...] El republicanismo caracteriza a los ciudadanos que quieren participar legítimamente en la nueva ordenación política y social del mundo. [Por ello] resulta necesario comenzar de nuevo, volver a los orígenes de la razón democrática, esgrimir la educación cívica y los valores públicos, crear Estado. Éste es el sentido en el que adquiere verdadera dimensión la memoria. Atreverse a saber como lema ilustrado parece inseparable hoy del acto de atreverse a recordar, sobre todo, a recordar cuál es la razón última de nuestra cultura” (García Montero, 2008: 126).

6 “Creo que esta concepción republicana de la libertad, esta concepción de la libertad como no-dominación, es del mayor interés en la teoría política [...] La no-dominación, en el sentido que nos ocupa a nosotros, es la posición de que disfruta alguien cuando vive en presencia de otros, y en virtud de un sueño social, ninguno de ellos le domina; cuando vive entre personas que no tienen la capacidad de interferir de modo arbitrario en sus elecciones” (Pettit, 1999: 77-96).

3 *El mundo perdido*

Misteriosamente extendido más allá de las fronteras del paraíso, el mundo alrededor se iba haciendo evidente para Ángel González al encarar algunos de sus riesgos cotidianos: el encuentro con las malas compañías, los falsos amigos, la auténtica exposición de la inocencia al engaño y al abuso (un magnífico duro de plata ingenuamente perdido en el capítulo nueve por orgullo), primeras advertencias de las dificultades de la vida, síntomas ya de las más peligrosas fatalidades de la historia. La muy impresionante escena del capítulo diez donde se recrea una discusión entre los hermanos Pedro y Manolo —mientras el pequeño Ángel los escucha afilando los lápices y preparando la cartera para su clase de mañana—, lleva ya al lector hasta el epicentro de una durísima crisis económica (la Gran Depresión derivada del “crack” de 1929), cuando se extiende por toda Europa el descrédito del capitalismo de mercado y, con él, también el del régimen parlamentario liberal que le daba su forma política: “—La República se acaba [lamentaba Manolo, estudiante con simpatías comunistas]. —Aquí no se acaba nada [replicaba Pedro, obrero y militante del Partido Socialista], lo que hay es que defenderla; por ejemplo, de tu pesimismo” (García Montero, 2009: 140). Ante el deterioro del contrato democrático, la búsqueda de alternativas “fuertes” al liberalismo provocará entonces una extraordinaria radicalización del espectro político europeo, arrollado por el imparable auge de las ideologías totalitarias: la modernidad, a cuya luz se levantaron las clases medias y profesionales —base social del proyecto republicano—, gestaba también en su interior la forma más extrema de los odios: el fascismo, ideología donde la barbarie alcanzará grados paradigmáticos, masivamente organizados, de deshumanización, de horror y de delirio.

Explícito enemigo de la razón ilustrada (que considera origen de la decadencia de Occidente), el fascismo se consolida en España “a la italiana”, es decir, infiltrándose entre los estamentos históricamente privilegiados de la oligarquía terrateniente, la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas, poderes obsecuentes del antiguo régimen; también entre la burguesía tradicionalista y conservadora; e, igualmente, entre las clases populares empobrecidas y desencantadas, muy sensibles, muy permeables entonces a los discursos más autoritarios y agresivos: “El carácter común a todas las manifestaciones del fascismo [explicaba

Julián Besteiro en su acto de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1935] consiste en ser movimientos basados en impulsos biológicos o estados emocionales y en utilizar, de un modo deliberado, estos impulsos y estos estados de emoción, y aún promoverlos y excitarlos, para destruir la ideología democrática [...] Este carácter biológico, emocional, pasional, es el que hace aparecer al fascismo como una nueva forma de romanticismo que, como el romanticismo del siglo XIX, al exaltar el desarrollo del sentimentalismo y de la pasión, llega a dotar de una valorización estética a las formas más violentas de la emotividad” (Besteiro, 1968: 91). La liberación de las pasiones políticas, la exhibición pública y exaltada, a menudo violenta, de la propia moralidad y la propia ideología impuesta así a “los otros”, sumado todo a la simplificación irresponsable y a la impaciencia, arrastraron al país hasta su límite de tensión e inestabilidad. Entre quema de iglesias y tiroteos en las calles —la dialéctica *joseantoniana*—; entre huelgas revolucionarias y “paradas” fascistas (“¡Todo para el Jefe!” coreaban sus escuadras en El Escorial; y también Homerito: un niño de tres años vecino de Ángel González, ocurrente al tirar de la cadena; García Montero, 2009: 133), entre tumultos, algaradas y atentados, como explica el profesor Paul Preston, sencillamente, “la coexistencia era imposible, salvo que la izquierda renunciase a sus aspiraciones de reforma estructural o la derecha cesase en su oposición a esta reforma” (Preston, 2001: 374).

“El milagro de la infancia [advierte Cesare Pavese] pronto es sumergido en el conocimiento de lo real y permanece sólo como forma inconsciente de nuestra fantasía, continuamente desecha por la conciencia que de ello adquirimos” (Pavese, 1970: 61). La moderna psicología —y especialmente la teoría psicoanalítica— ha determinado ya que el proceso de asimilación de la realidad histórica desde la experiencia cotidiana es lento y es contradictorio; y se manifiesta siempre como una crisis afectando al centro mismo de la identidad, la percepción del yo en su propio medio: una tensión entre “los hechos” alrededor, extraños a la conciencia —el llamado principio de realidad establecido—, y sus resistencias emocionales inconscientes (Freud, 2007: 333). Ahí, la *convención* que tradicionalmente expresa de manera más acabada y más completa el extrañamiento íntimo del individuo ante la realidad es *la tragedia*, una estructura literaria —según la define Aristóteles en su *Poética*— basada en un cambio de fortuna radical:

conversión verosímil de los sucesos en su contrario. Desde la Grecia Clásica hasta el Modernismo, “lo trágico” o “lo fatal” se presenta en la cultura occidental siempre como la dramatización de una ruptura interna que altera toda la dinámica psicológica del personaje evidenciando sus limitaciones (condena a la desmesura de su soberbia), problemática que en *Mañana no será lo que Dios quiera* se precipita “históricamente” con La Comuna de 1934 —la revolución, la batalla y la posterior represión sobre los mineros asturianos rebeldes— y, fundamentalmente, con el estallido de la Guerra Civil española en 1936.

Desde el prisma de la experiencia, todos los llamados “niños de la guerra” españoles vivieron entonces una interrupción de su cotidianidad, una contradicción entre la vida (más o menos “mítica”, según su experiencia) y la realidad en torno: suspensión de las clases escolares, la irrealidad mágica del ambiente, la celebrada sensación de “libertad” abierta a todas las posibilidades; aventura en la que se reconocerán en su edad adulta todos los autores de la llamada Generación del 50. Sin embargo, el propio Ángel González indicaba en el año 2002 que “no todos los que eran niños en 1936 vivieron la guerra del mismo modo” (González, 2002: 21). Frente a otros de sus compañeros y amigos que vivieron el conflicto al resguardo, incluso confortablemente (como Carlos Barral o Jaime Gil de Biedma), en concreto para Ángel González, más que una simple transformación de la rutina cotidiana, la guerra supuso la destrucción —literal y definitiva— de todo el orden de la vida, tal y como hasta entonces lo había conocido: la razón, el amor, la confianza entregados al arbitrio de la suerte y el azar en su brutal encuentro con la historia. “Su ciudad” en ruinas, sitiada e invadida por soldados, los bombardeos (un obús que en el capítulo quince atraviesa una ventana de la casa, entra en el salón mientras su hermana y su madre rezan un rosario; y que no estalla), también los registros y saqueos de los domicilios, atropello de la intimidad privada (“¡Qué te parece! [espetaba un transeúnte ante la escena] Dicen que son socialistas y duermen con pijama”), las violaciones, las torturas y mutilaciones, los fusilamientos y, en su mitad, la inconsciencia de la niñez, perversamente asociadas la diversión, la novedad y la excitación de lo desconocido, con el hambre, el dolor verdadero y la desorientación —en la imagen más dura de todo el libro— ante el íntimo descubrimiento de la muerte: el niño que en el invierno de 1937 lleva a su casa la noticia del asesinato de su hermano Manolo (ejecutado de un tiro por un pistolero falangista “legalizado” y

con patrulla) “se sentía más solo y más perdido [...] sentía incertidumbre por su futuro, por lo que pudiese ocurrir con su familia, por lo que iba a hacer su madre después de gritar y llorar, por el desconsuelo infinito que iban a provocar sus palabras [...] La angustia le resultaba tan insoportable que también sentía la desorientación absoluta de su pasado, y al doblar cada esquina se cruzaba con un mundo perdido, con las figuras fantasmales de su abuelo Muñiz y de su padre [...] y él se sentía responsable de las noticias, de las palabras que debía pronunciar” (García Montero, 2009: 265-266).

La pérdida de la inocencia y su consiguiente impacto sentimental, la formidable conmoción del extrañamiento (soledad, inquietud, preocupación, desconcierto, pesimismo, culpa, humillación, desamparo, desesperación, miedo) inscriben el proceso de maduración de la personalidad de Ángel González en *Mañana no será lo que Dios quiera* claramente dentro de la tradición ideológica romántica. En rigor, el desgarrar trágico, la “ruptura íntima” constituyen la base fundamental, la condición previa y necesaria de todo el pensamiento y el programa social del romanticismo: momento en que, ante la revelación dramática del vacío, se descubren —entonces por vez primera— el individualismo y los propios sentimientos como única norma moral, única fuente de valores en un mundo que, de otro modo, carecería de sentido. Y es ahí, en medio de la confusa percepción del desastre histórico y cotidiano de *su* propio tiempo, donde la historia de Ángel González define su más decisiva originalidad, su mayor proyección en el tiempo actual como expresión de una auténtica sensibilidad contemporánea. “El aprendizaje romántico [prosigue Cesare Pavese] corresponde al descubrimiento de que todo valor absoluto es transitorio y que, por eso mismo, no corresponde sino erigir la propia experiencia, la propia mitología, en una cultura que, paradójicamente, aparezca como absoluta y normativa a todos los otros, a la colectividad. Y así como cada absoluto se funda sobre los orígenes, sobre el principio, he aquí que todos iniciamos el camino del único principio que conocemos: nuestra individual primera edad” (Pavese, 1971: 109). De este modo, cuando (como en una guerra) la realidad se vuelve dudosa e insegura, el mundo extraño, hostil y peligroso, en lugar de la propensión melancólica, el estremecimiento emocional y la obsesión —cuna de resentimientos, venganzas y violencia—, la lectura de *Mañana no será lo que Dios quiera* recomienda, por de pronto, prudencia para poner orden en el

caos del propio sentimiento, intentar contener la azarosa crueldad de la historia con las herramientas iluministas de la razón: “Nadie puede nada contra el azar, pero nunca está de más una barrera desde la que observar sus revueltas y sus cornadas. Quien ha vivido una guerra sabe que conviene pensar muy bien lo que se hace y lo que se dice [...]. La suerte es infame y pone los oídos de cualquiera donde le dé la gana, hace que las palabras inocentes se conviertan en bolas de fuego, hace que los soldados vengan [...]. Así hasta que pasa la guerra y la suerte empieza a hacer bromas con la paz. Nada es ya seguro, aunque siempre resulta mejor estar callado cuando se sale de casa. Resulta mejor estar callado incluso cuando se tienen las de ganar” .Y ya “no es sólo el miedo ni la angustia a la hora de pensar en lo que se viene encima [...] sino el pasmo, la perplejidad [...] pero ¿qué ocurrió?” (García Montero, 2009: 12-17).

4 Sin esperanza, con convencimiento

“Lo ocurrido inmediatamente de terminada la guerra civil [explica el historiador Santos Juliá en su ensayo *Historias de las dos Españas*; y así se admite ampliamente entre los especialistas]: el expurgo de libros, la denuncia de intelectuales, la depuración de maestros, la pérdida de cátedras, el exilio, las sanciones ejemplares, las ejecuciones sumarias, formaban parte de una política que pretendía arrasar una tradición, liquidarla como espuria y extranjera” (Juliá, 2004: 296). Guerra Civil *justa*, “imperativo” de la historia (tal y como se planteó tras la victoria de 1939), *cruzada* contra el ateísmo, el liberalismo, el marxismo y el “separatismo”; contra los demonios de la modernidad, el materialismo, la política y el sexo, la idea de que los republicanos vencidos no eran en realidad verdaderos españoles sino enemigos de la patria, traidores inoculados por el “virus francés” —la Libertad—; bárbaros asiáticos, “almas tártaras” al servicio del internacionalismo ruso (todas expresiones entusiastas de la época), avaló ideológicamente su persecución, su represión y, en última instancia, su exterminio, cimientos sobre los que fue efectivamente levantado uno de los más despiadados regímenes conocidos en la Europa contemporánea: la “Nueva España” de Franco. De hecho, fuera de las cortes falangistas, los cenáculos religiosos y los exclusivos círculos bancarios o militares, todos los historiadores coinciden en describir la realidad cotidiana mayoritaria de la inmediata

post-guerra (oficialmente nacional, tradicional y católica), como una atmósfera deshumanizada y envilecida, física y moralmente en ruinas, densamente traspasada por una psicología atormentada producto de las durísimas experiencias vividas durante la guerra y la represión; un clima social verdaderamente extremo desenvuelto entre la completa degradación de los verdugos —la complacencia y el aliento criminal de autoridades e instituciones— y la cruel, implacable lucha por la supervivencia de las víctimas, fundamentalmente, clases populares y trabajadoras sistemáticamente despreciadas (como en todos los totalitarismos, también por el régimen franquista) y condenadas a la humillación y la pobreza.⁷

En el caso de la familia de Ángel González, además del llamado *terror caliente* (la sacudida emocional que supuso el asesinato de Manolo), doña María —madre del poeta— hubo de encarar también el exilio de su hijo Pedro, huido a Francia en 1939 y embarcado desde allí hacia Chile en el mítico buque *Winnipeg*; afrontar la depuración de su hija Maruja, separada de su puesto de trabajo como maestra por “haber orientado la educación en sentido izquierdista [y] haber atacado los ideales de Religión, Patria y Moral”, según reza el Pliego de Cargos en su contra del 19 de agosto de 1938, III Año Triunfal (García Montero, 2009: 306); soportando la exclusión social a todos los niveles (“rostros que habían sido familiares [recuerda el propio Ángel González] se volvieron de pronto irreconocibles por su arrogancia y su dureza, en la que incluso mis hasta entonces amigos, niños como yo, me excluían de sus conversaciones y de sus juegos”; González, 2005: 251) y haciendo frente al empobrecimiento y la ruina económica familiar (“clase media, transformada en mi caso, como consecuencia de la guerra civil en muy mediocre”, asegura el poeta), retiradas por la nueva autoridad franquista las ayudas que recibía del Colegio de Maestros de Oviedo en concepto de viudedad. Sin ningún otro recurso económico a su alcance

⁷ Como señala el profesor Vicenç Navarro en su mítico volumen *El subdesarrollo social de España*: “El proceso democrático [se está refiriendo a 1936] no fue interrumpido por la gente pobre y humilde, sino por la gente rica y con privilegios, que veía amenazados por las reformas democráticas. Sectores de las clases medias, por cierto, temerosos de los cambios, también apoyaron al fascismo. La dictadura representó los intereses de las personas poderosas y reprimió muy particularmente a las clases trabajadoras, a nivel no sólo policial, sino también económico hasta el último día de la dictadura” (Navarro, 2000: 187).

y como medio de subsistencia, doña María (que “no quería ni pensar en la posibilidad de que Ángel abandonara sus estudios para trabajar”; García Montero, 2009: 287) decide poner en alquiler las habitaciones de su domicilio: “Casa honrada y limpia —indicaba el anuncio— recibe huéspedes en régimen de pensión completa. Razón en avenida de Galicia (antigua avenida Fuertes Acevedo, cambiada en reconocimiento a las columnas gallegas que intervinieron en la defensa de Oviedo), número 8, tercero izquierda”.

Consumada al fin la transformación radical del paisaje cotidiano alrededor (en la dimensión “objetiva” de los hechos), y en el medio mismo de la mitología histórica que habitualmente asociamos a ese tramo,⁸ *Mañana no será lo que Dios quiera* orienta desde ahí el extrañamiento del personaje hacia el fenómeno —aún bastante misterioso— conocido en España como el exilio interior: la oculta, encubierta formación y consolidación de una comunidad de republicanos derrotados que “resistió” ideológicamente (y en su sentido más amplio) la extraordinaria presión —económica, política y moral— del franquismo, “involuntaria marginación en la que se vieron obligados a vivir, por la fuerza de una situación excepcional, cientos de miles, tal vez millones de españoles que no tuvieron la opción de abandonar un país extraño que rechazaban y los rechazaba” (González; 2005: 250). “Ángel [expone García Montero al respecto] había llegado a sentir que el huésped era él al caminar por un Oviedo desconocido, al recorrer los pasillos de un instituto extranjero, al respirar un aire que había agotado su fondo infantil de ingenuidad y que estaba obligado a compartir con gente extraña” (García Montero, 2009: 339). Como señala el profesor Paul Ilie en su estudio *Literatura y exilio interior*, resulta muy difícil documentar y describir históricamente las resistencias ideológicas interpuestas por el exilio interior al medio ambiente de la dictadura, las tendencias

8 Además del existencialismo, también la truculenta estética “tremendista”, excepcional interpretación de la España de posguerra lanzada por el Premio Nobel de Literatura 1989, Camilo José Cela, en novelas como *La familia de Pascual Duarte* o, la más urbana, *La colmena*, texto donde, según explica el profesor José Corrales Egea, “todo es miseria, estrechez, mediocridad, desengaño; todo es avidez, falta de escrúpulos, cinismo y, sobre todo, falta de ideales. *La colmena* equivale a la expresión de una frustración, de un desengaño, una almoneda de ideales, una dimisión del pensamiento propio, y hasta del libre albedrío, aceptación fatal, desgarrada, de su condición y de las circunstancias por los personajes” (Corrales Egea, 1971: 49).

inhibidoras y las estrategias íntimas que posibilitaron su supervivencia en medio de un entorno fuertemente degradado y hostil. En sus propias palabras, el exilio interior se manifiesta como una “sensibilidad”, un “estado psicológico experimentado individual y colectivamente” (Ilie, 1981: 84); el “síntoma [según se plantea en *Mañana no será lo que Dios quiera*] de una comunidad larvada, una forma de existencia, una red de silencios para mantener en público y de palabras para no ser dichas jamás en voz alta” (García Montero, 2009: 313). Y es que, habiendo sufrido experiencias emocionales extremas muy similares, entre los españoles republicanos residentes se desarrollaron pronto vínculos que, en muchos casos, no existían antes de la guerra, asociados desde entonces más estrechamente entre sí. Ese fue, en concreto, el origen de la emocionante amistad entablada entre Ángel González, Paco Ignacio y Amaro Taibo, Manuel Lombardero y Benigno Canal, niños republicanos de Oviedo, una red de relaciones interpersonales de extraordinaria e intensísima complicidad que sumerge al lector en la fascinante reconstrucción de una realidad cotidiana arrollada por la historia, una cuidadosa restauración de la intimidad, lenta y difícil y conmovedora reposición de la matriz ideológica originaria contra el completo desorden y las dificultades de la vida. “La amistad [reflexiona ahí el narrador] puede ser también un botín de guerra, casi el único al alcance de los vencidos”; un grupo de cinco muchachos “cimentado por la experiencia de un tiempo hostil, un vértigo marcado por las desgracias, los familiares muertos o escondidos, los secretos, las cartillas de racionamiento y los libros” (García Montero, 2009: 296).

Necesaria y obligadamente adaptados así, sin ninguna otra alternativa, a la nueva “norma social” franquista, en rigor, Luis García Montero reconoce en esa experiencia un progreso histórico sobre la ideología romántica tradicional en España, investigando ideológicamente en las “prácticas culturales” cotidianas que posibilitaron al exilio interior —a Ángel González, a su familia y sus amigos—, a la vez, adaptarse a su medio ambiente y resistirlo (la “teoría del desarrollo y la resistencia”, planteada en el capítulo 19), preservando a su través la tradición racionalista e ilustrada propia de la educación sentimental republicana y sus valores. Robert Langbaum en su mítico ensayo *La poesía de la experiencia* explica al respecto que “la diferencia entre la visión romántica y clásica del pasado está en que el hombre romántico no concibe el presente como heredero del pasado y, por lo tanto, no

se vuelve hacia el pasado en busca de autoridad, convirtiéndolo en modelo ético. El romántico ve el pasado como algo distinto del presente y lo usa para explorar el alcance total de la diferencia, el alcance total, en suma, de su propia modernidad” (Langbaum, 1996: 65). Tanto Ángel González entonces, como hoy Luis García Montero —el lector mismo— sienten (o “experimentan”), sin embargo, la pérdida del “orden” republicano previo a la tragedia histórica y cotidiana — uno de los puntales interpretativos de la novela— en su continuidad ideológica con el pasado: esa concreta percepción del paso del tiempo en su continuidad, no solo asegura la cohesión interna del exilio interior y su conciencia de unidad, sino que fundamenta también la “autonomía personal” del individuo frente al mundo en torno, perfecta correspondencia entre los límites de la libertad y de la propia libertad individual, clave del republicanismo moderno en su contraste con el devenir mismo de la historia: “ser un *yo* personal, consciente de la propia identidad en el discurrir temporal, es estar en posesión de un patrimonio de experiencias y de sentimientos, de creencias y de juicios, de planes y de compromisos, de logros y de fracasos. Es tratar esas experiencias como fuentes conscientes de la memoria; esas creencias, como bases para el razonamiento; esos planes, como restricciones a la deliberación; y esos logros y esos fracasos como fuentes de orgullo y de vergüenza. No es andar alienado de ese patrimonio, sino reconocer que venimos de él: eso es lo que somos” (Pettit, 1999: 333).

Mañana no será lo que Dios quiera presenta así unos personajes que aprenden a asumir sentimentalmente su derrota histórica (aprenden a encontrarse a sí mismos en esa “ruptura íntima”, inequívocamente romántica), sin llegar a darse nunca por vencidos. Luis García Montero recrea la historia de cinco jóvenes que “entran” en la madurez y la encarar haciendo de su intimidad un auténtico territorio ideológico —político, ético—, calculando las propias posibilidades y sus riesgos, responsables ante la vida propia y la de sus cercanos; manteniendo distancias emocionales prudentes con la realidad alrededor y también con sus íntimas ilusiones, en la seguridad de que iban a ser negadas y pisoteadas; conscientes ya de la “necesidad de callar para resistir, de resistir para encontrar trabajo, de buscar trabajo para combatir la pobreza” (García Montero, 2009: 287);⁹ contra la explotación, contra la

⁹ Ángel González “tomó [entonces] conciencia de la edad de su madre, la vio pequeña, vestida de luto, con el pelo blanco sirviendo la sopa a la hora de la cena, rodeada por

represión y el desánimo, contra la misma enfermedad —una virulenta tuberculosis que en el capítulo veinticinco tiene postrado al poeta durante un año—, aprovechando al máximo las oportunidades que el destino ponía ante sí: un buen profesor —la etimología, por ejemplo, “tan libre, tan misteriosa y fascinante” impartida en su instituto por Rafael Lapesa—, también la posibilidad de un viaje, la posibilidad de hablar con una chica, una buena película o un buen partido de fútbol;¹⁰ todos ellos, ávidamente buscando en la literatura un modo de contrarrestar la implacable realidad: vivir en “otro” tiempo (u “otra” edad), en “otro” espacio donde encontrar una alternativa mejor a su propia vida, donde poder encontrar la belleza o poder inventarla; sin olvidar que “una sonrisa o una carcajada formaban parte imprescindible de la higiene personal” (García Montero, 2009: 320). Una realidad y una historia enfrentadas sin esperanza, pero con un íntimo e inquebrantable convencimiento que, más allá de su propio dolor y de sus propios traumas, perseveraba íntimamente en la subversión tras una apariencia sumisa de “normalidad” y de silencio. El desarrollo, al fin, de un pensamiento estratégico basado en el realismo y en el imperativo de “auto-dominio”; demostración de que el individualismo romántico —el anhelo de unidad perdida, entendido como actitud ante la historia— no es (no tiene porqué ser) polémico en sí mismo: “El romanticismo es una elección [explica García Montero]. Nada tiene que ver con la frustración obligada, con el trauma. [...] Podemos construir nuestra grandeza personal desde nuestra propia miseria. Basta con tomar el territorio de la dignidad como mapa de ruta. [...] Responder con una propuesta ética al naufragio del mundo puede resultar demasiado ingenuo. Que nadie lo dude. Pero tiene la ventaja de que se trata de una estrategia momentánea, vivida siempre con absoluta sinceridad [...] ¡Si después de todo [asegura] la historia nos está dando la razón! Basta con mirar hacia el despedazado anfiteatro de los siglos antiguos y pensar

las sillas vacías de Manolo, Pedro y Maruja, y por las sillas de los huéspedes, y la quiso más que nunca, necesitó devolverle lo antes posible todos los sacrificios, hacerse un hombre de provecho” (García Montero, 2009: 358).

10 “Daba gusto aplaudir otra vez las carreras por la banda izquierda de Emilín, los disparos secos de Herrerita, pero faltaba Isidro Lángara [pensaba Ángel González], el máximo goleador, que ahora jugaba en los campos del exilio. Ángel conocía su historia, la conservaba en su equipaje melancólico [...] había sido el héroe del Mundial de Italia en 1934 [...] y los italianos tuvieron que lesionarlo para vencer a España en una eliminatoria manipulada por el fascismo” (García Montero, 2009: 355).

a continuación en nuestra normalidad democrática” (García Montero, 1993a: 147-149).

5 Republicanismo y posmodernidad

Cumplido hoy el tránsito desde una economía de producción —basada en la explotación intensiva de la materia y el trabajo— hasta otra nueva y masiva economía del consumo que ha penetrado ya la intimidad del ciudadano hasta controlar y administrar a nivel global la práctica totalidad de los medios e instrumentos de conocimiento a su alcance; cuando el capitalismo se presenta a sí mismo como el único horizonte histórico posible (la Gran Ilusión, el “Fin de la Historia”; gobierno incontestable de la oferta, la demanda y la competitividad), según lo plantea Luis García Montero en su novela, la historia de Ángel González —el exilio interior, más que el exilio propiamente territorial, cuya restauración ha sido deficiente y difícilísima en España—, se resuelve en *Mañana no será lo que Dios quiera* en un síntoma histórico que permite analizar e interpretar la realidad española más actual en su relación directa con las tensiones y dualidades abiertas por la crisis de la modernidad en el país. “Durante muchos años, de modo especial durante los años que han seguido a la guerra civil [explicaba en 1976 el profesor Enrique Tierno Galván], los españoles hemos sido educados en la idea de la simplificación. [...] La tutela de la simplificación reducía los temas más difíciles y problemáticos a una simple opción: o esto o lo otro, Oriente u Occidente, catolicismo o comunismo, Franco o el caos [...] Sé desde luego que ésta de simplificar es una manía vieja entre los españoles como corresponde a un país que ha pasado por continuos e inexorables rencores religiosos y políticos; y que ha tenido muy tarde su despegue industrial. [...] La democracia significa visión y acción política según el criterio de la complejidad, mientras que los totalitarismos significan visión y acción simplificadas. Cuando los españoles dejen de opinar sobre ciertos temas en términos tan elementales como vencedores y vencidos, clericales y anti-clericales, centralistas y separatistas querrá ello decir que se inicia la vía democrática” (Tierno Galván, 1976: 18-21).

Contra la idea de que tras el compromiso y el debate político e ideológico entre españoles, tras la dialéctica de las opiniones contrarias, puede siempre esconderse potencialmente —y, en muchos casos,

realmente se esconde— el riesgo de la intransigencia, el fanatismo y la violencia, el “fatal destino”, odio inevitable de *la raza* (justificación última para una “custodia” institucional de la democracia: espacio blindado contra la deliberación y la voluntad de la sociedad civil), la auténtica dificultad, y la más compleja, del republicanismo español actual reside para Luis García Montero en encontrar y definir, en lo público, una alternativa ilustrada y racionalista a “el ser” romántico y kantiano, el yo previo abstracto e irrenunciable (primer objetivo del neo-liberalismo) reducido ya, en una lucha implacable por la conquista de su “identidad”, bien a una existencia marginal, a la heroica —e inútil— autoafirmación o a la indolente y muy española “picaresca”, aceptación ya resignada o complaciente del “vacío” de la vida (todas ellas convenciones que enfatizan su dimensión trágica, épica y satírica respectivamente). Desde un lenguaje y una sentimentalidad “otra” entendidos como espacio público y común, García Montero ofrece en su novela en cambio la representación de una resistencia ética contra la barbarie “interiorizada”, una interpretación ideológica del “contrato social” que interroga sentimentalmente al lector sobre las actuales posibilidades del ciudadano en la “guerra civil” cotidiana de nuestros días: la vitalidad, la transparencia y la representatividad de nuestras instituciones, el estado de la Educación y la Cultura, el de la Salud y la Justicia, el de la vida laboral, política y parlamentaria, las garantías progreso y bienestar, la independencia de los medios de información, el recuerdo mismo y el olvido “sociales” —nuestra mentalidad, al fin; el modo en que nuestra democracia se comprende a sí misma—, en su contraste y su continuidad con la tradición ideológica republicana, tal y como Ángel González la recuerda: extraordinaria fractura abierta entre el ideal democrático y la “práctica política” en España. “En las declaraciones oficiales todo está claro [confirma García Montero en el año 2008]. Todos somos iguales ante la ley. Todos disfrutamos de un Estado de Derecho. Somos ciudadanos bien informados por una prensa libre [...] Pero nos acercamos al molino con nuestro trigo, y el molino nos espera con una animadversión de gigante dispuesto a tratarnos como a caballeros locos. ¿Adónde vas? ¿Pero en qué mundo te crees que vives? ¿Cómo te atreves a sacar de las declaraciones oficiales un vocabulario impracticable? ¿Igualdad? ¿Fraternidad? ¿Prensa libre? ¿Estado de Derecho? ¿Política? La razón ilustrada está en carne viva y el ciudadano occidental que se empeña en vivir de acuerdo con los valores de la razón es observado como un extraño [...] está condenado

a convivir con sus inquietudes bárbaras, y lo mejor que puede hacer es asumirlas con una melancolía optimista, o con un pesimismo ilusionado” (García Montero, 2008: 11).

En ese radio, Luis García Montero insiste en la misma necesidad del distanciamiento íntimo, en la reconstrucción de la razón objetiva e iluminista que facilite (producto de un proceso responsable de reflexión y de negociación con la realidad: con la propia conciencia y con “los otros”) —a la vez— una “adaptación” crítica y una resistencia a la norma establecida; una actitud que Ángel González adelanta entre nosotros como síntoma de la radical ambigüedad en la que se desenvuelve actualmente el individuo posmoderno. “En esta sociedad [dice Herbert Marcuse en referencia a la *Gran Sociedad* capitalista], el individuo no puede realizarse a sí mismo, no puede alcanzar su propio yo. [...] Empieza como un no-conformista; su autonomía es la de su imaginación, que tiene su racionalidad y su verdad propias (acaso más válidas y más racionales que las del Sistema). Pero cuando se pone a vivir y a trabajar de acuerdo consigo mismo y con sus facultades, reconoce que debe dimitir de sí mismo y encontrar su autonomía en la razón más que en su imaginación. En otras palabras: el individuo se encuentra a sí mismo en la medida en que aprende a limitarse a sí mismo y a reconciliar su felicidad con su ser infeliz” (Marcuse, 1972: 66). “Lectura ilustrada del Romanticismo”, finalmente, recreada e interpretada en *Mañana no será lo que Dios quiera* alrededor de un emocionante homenaje al maestro y al amigo Ángel González: el individuo moral, cómplice y tierno; el poeta vitalista y comprometido, muy consciente de las derrotas de la Historia; el hombre tocado con el aire paciente, estoico y meditativo de un auténtico superviviente; el ciudadano, al fin, “que avanza, aunque sea lentamente, por debajo de la decepción y las ilusiones pisoteadas, convirtiendo la existencia en un fluir positivo, en un camino no marcado, pero siempre abierto hacia delante” (García Montero, 2002: 238).

6 Bibliografía

AAVV: *Guía para un encuentro con Ángel González*. Luna de abajo. Mieres, 1985.

“Palabras para un tiempo de silencio”. Revista *Olvidos de Granada*. Diputación de Granada, 1986.

Ángel González. *Verso a verso*. Caja de Ahorros de Asturias. Oviedo, 1987.

Encuentros con el 50. La voz poética de una generación. Centro Cultural Campoamor. Oviedo, 1987.

“Ángel González: una poética de la experiencia y la cotidianidad”. *ANTHROPOS*, nº 109. Barcelona, 1990.

“Ángel González. Poesía en el campus”. *Revista oral de poesía*. Nº 24. Universidad de Zaragoza, 1993.

“Luis García Montero. Poesía en el campus”. *Revista oral de poesía*, nº 26. Universidad de Zaragoza, 1994.

Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española 1975-1990. Akal. Madrid, 1995.

Ángel González en la generación del 50. *Diálogo con los poetas de la experiencia*. Tribuna ciudadana. Oviedo, 1998.

“Ángel González. Tiempo inseguro”. *Litoral*, nº 233 Málaga, 2002.

Literatura y compromiso social. Visor Libros. Madrid, 2003.

”Con Ángel González”. *Revista Zurgai*. (Julio). Bilbao, 2005.

Ángel González, un clásico de nuestro tiempo. Universidad de Almería. Almería, 2006.

Memoria del futuro (1931-2006). Visor. Madrid, 2006.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, José Ignacio: *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*. Anthropos. Barcelona, 2006.

AMBROGGIO, Ignazio: *Ideologías y técnicas literarias*. Akal. Madrid, 1975.

AZAÑA, Manuel: *La velada en Benicarló*. Castalia. Madrid, 1975.

BESTEIRO, Julián: *Marxismo y antimarxismo*. Zyx. Madrid, 1968.

BORJA, Jordi: “La cultura urbana republicana: ciudad y ciudadanía” (pp. 21-43). En AAVV (2006) *Memoria del futuro (1931-2006)*. Visor. Madrid, 2006.

BUTLER, Marilyn: *Romantics, rebels and reactionaries*. Oxford University Press. New York, 1981.

CORRALES EGEA, José: *La novela española actual*. Edicusa. Madrid, 1971.

DÍAZ DE CASTRO, Francisco [Editor]: *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*. Vandalia Mayor. Fundación José Manuel Lara. Sevilla, 2003.

FREUD, Sigmund: *Introducción al psicoanálisis*. Alianza. Madrid, 2007.

GARCÍA HORTELANO, Juan: *El grupo poético de los años 50*. Taurus. Madrid, 1978.

GARCÍA MONTERO, Luis: *Poesía: cuartel de invierno*. Hiperión. Madrid, 1988.

Confesiones poéticas. Maillot Amarillo. Granada, 1993.

¿Por qué no es útil la literatura? Hiperión. Madrid, 1993b.

El realismo singular. Los libros de Hermes. Bilbao, 1993c.

“La actualidad de Ángel González” *El País*. 22 de Febrero, 1997.

El sexto día. Historia íntima de la poesía española. Debate. Madrid, 2000.

Poesía (1983-2005) Círculo de Lectores. Barcelona, 2006.

Inquietudes bárbaras. Anagrama. Barcelona, 2008.

Mañana no será lo que Dios quiera. Alfaguara. Madrid, 2009.

“La guerra desde los ojos del niño” [Entrevista por Liliana Martínez].
<http://www.vive.in/libros/articulos/marzo2011/>

Un invierno propio. Visor. Madrid, 2009c.

GEIST, Anthony L. y MONLEÓN, José B.: *Modernism and Its Margins. Reinscribing Cultural Modernity from Spain and Latin America*. Garland Publishing. New York, 2009c.

GONZÁLEZ, Ángel: *Antonio Machado*. Alfaguara. Madrid, 1999.

Palabra sobre palabra. Seix-Barral. Barcelona, 2005.

La poesía y sus circunstancias. Seix-Barral. Barcelona, 2005.

“La poesía, aunque no sea capaz de derribar un régimen, no deja de transformar el mundo. Encuentro con Ángel González”. Revista *Lectura y Signo* de la Universidad de León, nº 2 (pp. 395-408), 2007.

GRACIA GARCÍA, Jordi y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Síntesis. Barcelona, 2007.

HAUSER, Arnold: *Historia social de la literatura y el arte* (II). Debate. Barcelona, 1998.

HUERTAS VÁZQUEZ, Eduardo: *La política cultural de la Segunda República española* [Prólogo de Enrique Tierno Galván]. Ministerio de Cultura. Madrid, 1988.

JULIÁ, Santos: *Historias de las dos Españas*. Taurus. Madrid, 2004.

MAINER, José Carlos: *La escritura desatada*. Temas de hoy. Madrid, 2000.

MARCUSE, Herbert: “El individuo en la *Gran Sociedad*”, en *Ensayos sobre política y cultura*. Ariel. Barcelona, 1972.

MARX, Carlos y ENGELS, Federico: *El manifiesto comunista*. Alba. Madrid, 1997.

MORA, Ángeles: “El desafío cotidiano o la poesía de Ángel González” (pp. 109-111). En AA.VV. *Ángel González, un clásico de nuestro tiempo*. Universidad de Almería, 2006.

NAVARRO, Vicenç: *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Biblioteca de Pensamiento Crítico. Diario Público. Madrid, 2009.

PAVESE, Cesare: *El oficio de poeta*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1970.

PETTIT, Philip: *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Paidós. Barcelona, 1999.

PRESTON, Paul: *La destrucción de la democracia en España y El triunfo de la democracia en España*. Grijalbo-Mondadori. Barcelona, 2001.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos: *Dichos y escritos. Sobre “La otra sentimentalidad” y otros textos fechados de poética*. Hiperión. Madrid, 1999.

“La explotación del yo: una pesadilla histórica”. Revista *Laberinto*, nº 15, 2004

SALVADOR, Álvaro: “Ángel González o la poética del pudor”. En *Palabras para un tiempo de silencio*. Revista *Olvidos de Granada*. Diputación de Granada (pp. 74-78), 1986.

THOMAS, Hugh: *La Guerra Civil española*. Ruedo Ibérico. París, 1961.

THOMPSON, Edward P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica. Barcelona, 1989.

TIERNO GALVÁN, Enrique: *España y el socialismo*. Túcar. Madrid, 1976.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Metodología de la historia social de España*. Siglo XXI. Madrid, 2009.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: “La Literatura en la construcción de la ciudad democrática” Conferencia dictada en la Universidad de Valencia, 1991.

Crónica sentimental de España. Mondadori. Barcelona, 2003.

WILLIAMS, Raymond: *Marxismo y Literatura*. Península. Barcelona, 2000.